

# URGENCIA EDUCATIVA

## La escuela católica a debate

por Mons. Dominique Rey

Mgr Dominique Rey, *Urgence éducative. L'école catholique en débat*, Salvator, 2010, 223 p.

(extractos)

Traducción del original francés por los Cooperadores Veritatis de la Madre de Dios

### CAPÍTULO 6

#### EL EJERCICIO DE LA AUTORIDAD

Antiguamente, el profesor era llamado “el maestro”. Lo cual es indicativo de cuánto el acto educativo requiere el ejercicio de una autoridad. “A penas podemos concebir una sociedad que no entrecruzara, el vínculo horizontal del vivir juntos con el vínculo vertical de la autoridad de los ancianos” decía Paul Ricoeur a propósito del vínculo social, (*La mémoire, l'histoire, l'oublié*, Ed. du Seuil, 2003). El ejercicio de la autoridad está al servicio de este vínculo social.

Muchos de nuestros contemporáneos piensan que la obediencia aliena nuestra libertad. Ya no es percibida como una aquiescencia, sino como una obligación.

“La crisis de la autoridad en la educación está estrechamente ligada a la crisis de la tradición, es decir, a la crisis de nuestra actitud ante todo aquello que toca un pasado”, escribía Hannah Arendt (*La crise de la culture*, 1972). Dicha crisis comienza en el seno de la familia, por la negación de la paternidad. Una sociedad “sin padres” es una sociedad sin “referentes”<sup>1</sup>. La familia ha pasado bruscamente de un modelo vertical en el que el padre asumía toda la autoridad (*paterfamilias*) y era legitimado por la madre, a un modelo horizontal que pone en igualdad la responsabilidad del padre y de la madre, e introduce una relación de acuerdos y de negociación con los niños. Desde ese momento queda instaurado un nuevo modo de llevar a cabo la transmisión. La erosión de la figura paterna conduce a una dimisión parental.

Los socio-psicólogos subrayan el aumento de poder de los niños en relación a sus padres. Estos niños-reyes desafían la autoridad de los padres: el 87% de los adolescentes de 13 a 19 años y el 78% de los niños de 8 a 12 años entrevistados por *TNS Media Intelligence*, dicen sentirse “bastante libres” para hacer lo que les apetece. Hoy en día, hay padres que no tienen más remedio que plegarse a la “dictadura consumista” de su progeneritura. “Negocian el precio, pero rara vez la compra”. Cerca de tres cuartas partes de los adolescentes de 13 a 19 años eligen la ropa porque está a la moda, y uno cada dos, porque lleva la etiqueta de una marca conocida. Los colegiales

---

<sup>1</sup> Juego de palabras en francés con los términos “pères” (padres) y “repères” (referentes/referencias). (N.d.T.)

han adquirido un status de consumidor equivalente a sus mayores. Estos determinan la vida de toda la familia. La llegada al mercado de tiendas para preadolescentes, de radios digitales en las que los jovencitos deciden ellos solos su programación, de material informático (consolas de juegos, Internet) de marcas de ropa o de productos alimentarios dirigidos a los jóvenes... muestran la emergencia duradera de una economía de consumo llevada por los adolescentes (las revistas para jóvenes se venden a razón de 110 millones de ejemplares al año). La cultura juvenil es controlada y organizada por el comercio. La individualización de las prácticas de compra y de uso de los equipamientos en la familia hace que muchos niños dispongan de un televisor propio, de un ordenador, de un lector de música..., en su habitación, sin que los padres ejerzan el más mínimo control sobre el contenido de la información... La oferta ha llegado a ser de tal manera colosal que los padres, poco preparados en nuevas tecnologías del ciber espacio, han renunciado rápidamente a ponerse al día.

La crisis de autoridad parental se inscribe en una crisis de la autoridad en general, reforzada por la pérdida de confianza frente a aquellos que ejercen el poder, de quienes se sospecha que sirven únicamente a sus propios intereses. En el terreno político, el siglo XX ha exaltado el mito del guía supremo: *Fürer, Duce, Gran Timonel, Caudillo, Conductor*... Su régimen tiránico se ha hundido en la sangre y en la ceniza, así como sus sueños mesiánicos. El servicio de la autoridad ha sido mal comprendido, devaluado, desacreditado... Este descrédito rezuma también de los acontecimientos de 1968, con el eslogan mediatizado: "Prohibido prohibir". Las generaciones post 1968 han dejado de creer en la utopía apocalíptica y milenarista de sus progenitores, ¡quienes desde entonces han caído a su vez en la apología del consumismo y se han convertido en publicistas! En 40 años hemos pasado de la denuncia de un Dios castrador y paternalista y de toda forma de autoridad, al imperio de la eficiencia y del narcisismo.

En 2010, un sondeo de opinión pública (*Appel, La Croix, CSA*) sacaba a la luz que los adultos y los jóvenes (14-25 años) juzgaban en su gran mayoría que la autoridad era suficientemente bien ejercida en el seno de la propia familia, pero que fallaba en los demás ámbitos, en particular en los profesores. Esta encuesta subrayaba que (tras la generación del 68) en general la autoridad ya no era considerada como algo anticuado y pasado de moda.

Sin embargo, los profesores subrayan que el ejercicio de la autoridad no se ve correspondido por un verdadero apoyo por parte de las familias. Como causas señalamos las rupturas familiares, la multiplicación de los divorcios, la monoparentalidad o la recomposición familiar. Cada vez se pide más a la escuela que ejerza una función educadora para la cual los profesores no se ven ni preparados ni equipados. En cuanto se descubre un problema en la sociedad, surge la tendencia de incorporar y añadir a los programas escolares los contenidos necesarios para intentar paliar las carencias de la educación familiar: obesidad, seguridad vial, racismo, educación afectiva y sexual... Antiguamente, los contenidos del saber parecían incontestables. La autoridad del maestro también. Hoy en día, la autoridad del profesor es contestada por los mismos padres, al igual que las sanciones que debe aplicar. Los padres tienen cada vez más una tendencia a defender a su hijo. Los

profesores han de justificar constantemente lo que enseñan y las razones por las cuales lo enseñan. Se ven obligados, a la vez, a enseñar a ejercer la disciplina y a negociar permanentemente con los padres y con los niños.

Hoy cada vez es más indispensable lograr una recomposición de la autoridad. La autoridad "vertical" y tradicional que, al recordar lo prohibido y la disciplina, es garante de lo que no es negociable en las reglas del juego social, debe conjugarse con relaciones de confianza y de compañerismo. La autoridad podrá ser reconocida por los niños si está basada en una actitud moral y en valores como el respeto, una conducta coherente, la ejemplaridad, la palabra mantenida, la solicitud y la atención por el otro. "La educación tiene necesidad ante todo de esta proximidad y de esta confianza que nacen del amor" (*Benedicto XVI*, Carta del Obispo de Roma a su Diócesis, 25 de enero del 2008). La autoridad debe aliar la competencia, el carisma y la benevolencia, y articular toda decisión con las argumentaciones que la justifican y, a veces, con las consultas que la preparan. En un ambiente de redefinición de la autoridad, se hace cada vez más necesaria una colaboración entre padres, educadores y profesores que esté basada en la confianza, así como la redefinición de las tareas específicas de la escuela, la formación ad-hoc de los padres y de los profesores, en el marco de una verdadera colaboración. En ciertas escuelas, se han puesto en marcha clases de "buenos modales". Son clases destinadas a profesores principiantes para que sepan captar y mantener la atención de sus alumnos, instaurar un clima de confianza en las clases, sancionar evitando torpezas, cooperar con los padres... Del mismo modo, es necesario hacer propuestas de apoyo al ejercicio de la carga parental, que permitan reconstituir un clima de confianza entre padres y educadores, sin que los padres se vean tentados a jugar a "profesores bis".

Nuestro nuevo milenio, en lo que se refiere a la autoridad, rechaza tanto sus abusos cuanto su principio mismo. Existe el riesgo de alinearse con un modelo de democracia igualitaria y contractual. En efecto, la condición del sujeto democrático está fundamentalmente marcada por la experiencia del desacuerdo, del inacabamiento, de la división entre los valores, por lo tanto, de la decepción. El advenimiento de la modernidad ha coincidido con la pérdida de la trascendencia, que antiguamente era garante de los valores comunes y absolutos<sup>2</sup>... El hombre democrático se ve llevado a multiplicar sus creencias y sus juicios. En esta estructura inconfortable, debe buscar, "el" o "los" sentidos. Es un sujeto dividido, partido entre diferentes esferas de la existencia: familiar, económica, religiosa... En democracia, todo se negocia. Las decisiones se cambian constantemente. Pero esta lógica no funciona en el orden educativo en el que prevalece la verticalidad entre los sujetos intervinientes.

En educación, la autoridad no está solamente ligada al carisma del educador, sino a lo que representa: autoridad del saber y autoridad de la institución que le envía. De ahí la necesidad de que todas las familias y toda la sociedad encuentren un consenso social que valore el rol de la escuela.

---

<sup>2</sup> En matemáticas, el teorema de Goedel muestra que todo sistema debe descansar sobre una axiomática extraña a él mismo. ¿No vale también esta imposibilidad para la vida social? ¿Puede vivir una sociedad sin un referente moral que esté más allá de ella misma?

## La autoridad según Jesús

---

El proyecto educativo de una escuela católica tiene como línea de referencia la manera singular con la que Jesús ejercía la autoridad con los suyos.

De Jesús se decía que él “hablaba con autoridad” (*Mc 1, 22*). Su palabra “le daba autoridad”, pues estaba en coherencia con su vida. El mensaje y el mensajero coincidían perfectamente. Durante su vida pública, Jesús aparecía como el depositario de una autoridad singular. Sus palabras realizaban aquello que significaban. Pero la enseñanza de Cristo no fue jamás un adoctrinamiento. Formó el espíritu, “abría la inteligencia” (*Lc, 24, 45*) de los discípulos para permitirles acceder a la verdad (*Jn 8,32*).

Jesús jamás se aprovechó de su poder entre los hombres. Mientras que los grandes de este mundo ejercen su dominio, él actúa entre los suyos como el que sirve (*Lc 22, 25ss*). Él es el Maestro y el Señor (*Jn 13, 13*), pero ha venido “para servir y dar su vida” (*Mc 10, 42*).

La verdad de su amor de servicio viene dada en el gesto del lavatorio de los pies, cuando Jesús, la víspera de su pasión, anticipa su Pascua. Gesto banal en una sociedad en la que simboliza y resume la condición de esclavo, pero gesto que muestra que ahora el maestro se pone en actitud de servicio y se arrodilla a los pies de sus discípulos. En un solo gesto, Jesús une los dos rostros auténticos del maestro y del esclavo, tan caros a Hegel y a Marx, que se convierte en el motor decisivo del devenir de la historia humana.

Aquí, la autoridad del maestro se expresa en la obediencia del esclavo. Los opuestos coinciden. Tal es la marca propia de lo divino.

Jesús ejerce su autoridad en vistas a un nacimiento: “Yo he venido para que tengan vida, y vida abundante” (*Jn 10, 10*). Su “paternidad” reivindica su propia desaparición, puesto que prevalece siempre el cuidado prioritario por el advenimiento del otro y del cumplimiento de su vocación. De este modo anuncia una pedagogía nueva. Se trata de hacer crecer al otro, de manera que la fuerza, el saber y la experiencia del adulto sean totalmente ordenadas al bien de su destinatario y reguladas por él. Esta pedagogía ilumina todavía hoy en día al educador cristiano.

De este modo, la autoridad en la educación debe ser vivida como una libre obediencia, atenta y creativa, al ritmo del crecimiento del joven, a sus dones y a sus límites, a su equilibrio psicológico y afectivo. Es una autoridad desinteresada, extraña a toda pretensión de dominio y de hegemonía. Supone la escucha, lugares y espacios apropiados para esta escucha. Alcanza su propia meta cuando logra que la libertad a la cual se dirige encuentre en sí mismo el maestro interior (*el Espíritu Santo*). Hace crecer. La etimología latina “*auctóritas*” significa “aumentar”. Se opone absolutamente a la coacción servil que querría amaestrar la libertad del otro, en lugar de dirigirse a

ella<sup>3</sup>, pues toda autoridad fomenta la rebeldía o, lo que es peor, sumisiones pasivas. Si humilla, deshumaniza.

La educación implica una relación en la que prevalece la proyección de aquél que voluntariamente se somete a uno mayor que él. La autoridad de Jesús se funda en su obediencia al Padre: “Todo poder me ha sido entregado de arriba” (*Jn 19, 11*). La autoridad del educador ha de ser lo suficientemente humilde para no ocupar ella misma el lugar de lo verdadero y del bien.

“No llaméis a nadie en la Tierra padre o maestro” (*Mt 23, 9*), confía Cristo a sus discípulos. El educador cristiano desaparecerá ante la autoridad de Dios, a quien está sometido como educador. En definitiva, el objetivo supremo de la autoridad educativa es su propia desaparición. Marcada por la confianza, la relación educativa es desigual y asimétrica y paradójicamente, programa, como el mayor logro, su propio fin, el momento en que lo desigual llegará a ser igual y en el que el alumno será capaz de convertirse en su propio maestro y, a su vez, en educador.

Los hombres no nacen adultos, sino niños, lo cual les pone en una situación de dependencia y de tutela. Para crecer es necesario saberse protegido. La autoridad del adulto se justifica por la necesidad de una protección que da seguridad, cuyo principio y motor es la confianza. El niño se penetra entonces de la convicción de que el adulto hace las cosas por su bien, y que tiene sentido. Esta confianza justifica la obediencia.

Frente al aumento de las actitudes incívicas, de las provocaciones y de la violencia en la escuela, la represión y la coerción disciplinaria no son las verdaderas soluciones. Éstas producen a su vez la violencia que quieren reprimir. En lugar de degradar al niño “delincuente” por medio de correcciones humillantes, ¿por qué no desarrollar una “pedagogía cooperativa”, puesta en práctica en ciertas escuelas piloto que funcionan sobre la base del contrato y de la ayuda mutua de los alumnos entre sí? Cultivar el respeto por el otro, el sentido de la disciplina, la observancia de la regla común, requiere un acompañamiento personalizado (a veces un apoyo psicológico) del niño cuando se encuentra en situación de fracaso.

### **La pedagogía de la Ley**

---

Toda obediencia es crucificante. Nos invita a renunciar a aquello que defendemos y a aceptar ser desposeídos de nuestras posiciones, y a ser conducidos por otro. Nos propone la experiencia de la heteronomía. La conminación, la ley o lo prohibido suprimen la satisfacción inmediata y autónoma del deseo. La disciplina es una escuela de objetividad. Jesús la pone como condición de la salvación. “El nos ha salvado por su obediencia” (*Rm 5, 19*). Pero su obediencia filial tiene por único objeto la caridad.

La convivencia –sea en el seno de una familia o en el contexto de la escuela, de la empresa, de la ciudad...– implica unas leyes que incluyen derechos y deberes, prerrogativas y obligaciones. La ley constituye un marco de referencia que hace posible

---

<sup>3</sup> Nuevo juego de palabras con los términos “dresser” (amaestrar) y “s’adresser” (dirigirse). (N.d.T).

el ejercicio de la libertad de cada uno, sin que este ejercicio perjudique a los demás. La ley está constituida también por prohibiciones.

Cierto tipo de educación, debido a una preocupación legítima por la calidad de la relación con el niño, se ha centrado demasiado en su bienestar afectivo, en detrimento de las realidades, de los saberes, de los códigos culturales y de los valores morales. Lo que no ha ayudado a los jóvenes a construirse interiormente y a refrenar una expansión narcisista que produce con frecuencia personalidades plásticas y simpáticas, pero a veces también superficiales, incluso insignificantes, por no haber adquirido el sentido de los límites y de las realidades (jóvenes desinhibidos, demasiado familiares, que confunden los códigos íntimos con los códigos sociales, que olvidan el sentido de la autoridad, de la historia, de las convenciones, de lo sagrado...). Algunos no han aprendido las reglas del convivir bien, y no han sido iniciados en los ritos sociales y familiares. Aquellos adultos que hacen todo lo posible por evitar que a los jóvenes les falte cualquier cosa, les inducen a creer que han de conseguir todo lo que se les niega, confundiendo esto con sus verdaderas necesidades. Al no tener experiencia de la carencia, muchos jóvenes tienen psicologías marcadas por la indecisión, por la incapacidad para distinguir entre ellos mismos, los otros y lo real, por la indiferenciación (sexual). Crecer implica separarse psicológicamente, abandonar la infancia y la adolescencia. Pero si hay confusión entre los espacios psíquicos del joven y el adulto, del niño y los padres, esta separación se hace difícil.

Toda aplicación de la ley implica una cierta violencia, una violencia social necesaria en relación a nuestros instintos, nuestros deseos, nuestros caprichos, nuestros intereses particulares. Pero esta violencia consentida y regulada nos evita otra violencia que es destructiva, ciega, primaria, que nos impone a fin de cuentas otra ley: la de la anarquía, y ésta deriva ineluctablemente hacia la dictadura, la ley del más fuerte, la ley de la alienación: "La paz es la tranquilidad en el orden". Esta definición de la paz que nos da San Agustín vale tanto para la vida interior del creyente cuanto para la vida externa en la sociedad. Enseñando la ley, el educador recuerda la exigencia de un orden necesario para el bien de todos. Educa para la paz.

La violencia se ha impuesto en el paisaje escolar y en el interior de la vida familiar. Las dificultades de un número creciente de jóvenes para refrenar sus emociones y para mostrarse respetuosos, civilizados o pacíficos, están relacionadas con la concesión de una mayor libertad de expresión a los niños, pero antes que nada a una crisis de identidad. El joven proyecta en la realidad aquello que él no llega a dominar a nivel psíquico. La falta de autoestima que lleva a identificarse con los más violentos se origina en la precariedad económica, las dificultades escolares, la inestabilidad familiar. Los padres que se culpabilizan de pasar demasiado tiempo en el trabajo, de no poder satisfacer el consumismo de sus hijos o que compensan con la afectividad hacia ellos las divisiones y recomposiciones familiares que les imponen, se encuentran desasistidos y desamparados frente a esa violencia. Ésta alcanza de rebote a la institución escolar. Los profesores tienen miedo de los padres, con frecuencia agresivos y contenciosos, y a veces de los niños que no saben obedecer. En lugar de ejercer una verdadera autoridad, muchos adultos tratan entonces de coaccionar por la

fuerza o por chantaje. En la etapa de la adolescencia la situación llega a ser ingobernable.

Los “ex 68” han construido el mito del “juvenilismo”. La instrumentalización de la juventud (por ejemplo en los medios de comunicación y en los spots publicitarios) muestra la desorientación de los mayores para ocuparse de sus propios hijos, proponiendo falsas recetas educativas. El cambio de los antiguos rituales de “paso” (rituales cristianos de la primera comunión, de la profesión de fe y de la confirmación, o rituales profanos al ganar en un concurso, al abrir la primera cuenta bancaria...) conduce a inventar otros nuevos (conseguir la llave de la casa, acceder a Internet, recibir el primer móvil...). La asunción de responsabilidades de los jóvenes es cada vez más precoz, a la vez que son adolescentes por más tiempo.

El debilitamiento de los sistemas de autoridad y de la ley lleva al reino del “doy para que me des” en el que todo se discute: la mínima “salida” es negociada; se la compra con la promesa de esforzarse en la escuela o de constancia en los estudios... En este modo de negociar, cada uno trata de afirmar su propia identidad individual en el seno de la familia. El rechazo de lo prohibido y la exaltación de la tolerancia han puesto en evidencia la exacerbación del ego. Salvaguardamos nuestra esfera privada de toda intrusión de la ley y del otro, por temor al enfrentamiento, por la inseguridad que provoca posicionarse. Nos protegemos al máximo.

### **La autoridad al servicio de la esperanza**

---

El ejercicio de la autoridad educativa conduce a afrontar directamente las desviaciones de nuestra sociedad: la delincuencia, la corrupción, las violencias, las perversiones, las fracturas de nuestro mundo y sus desórdenes... Las situaciones dolorosas pueden sin duda sacudirnos personalmente o hacernos tambalear personalmente, desequilibrar, llevarnos a dudar de una evolución positiva. Ponen a veces en duda la capacidad del adolescente para realizarse por el camino del bien. Nos hacen preguntarnos o dudar de una posible redención o evolución de tal o tal otro joven.

Una institución, un cuerpo de Estado que no creyera firmemente en la posibilidad que tiene la persona humana de recuperarse, de enmendarse, de corregirse... abriría la puerta al fatalismo que constituye el lecho de todos los terrorismos, sean del pensamiento (lo cual se llama integrista) o de las armas. En efecto, el terrorismo es negación de toda forma de diálogo, de toda forma de comunicación entre las personas, rechazo de la alteridad y de la diferencia. Es una falta de esperanza mortífera en la posibilidad de cualquier cambio posible en uno mismo o en los demás. No cree en el poder atractivo del bien y de la verdad, puesto que quiere imponerla a los demás por las armas.

No podemos ser libres solos. El ejercicio de la libertad requiere un aprendizaje y un apoyo: la familia, la comunidad, los cuerpos intermedios. Es lo que los estados totalitarios han comprendido bien: exaltando los derechos de los individuos, niegan el derecho de asociación y se inmiscuyen en las prerrogativas de la familia.

Este terrorismo no es el que ejercen únicamente organizaciones como Al Qaeda. Puede instalarse subrepticamente en nuestra sociedad, corromperla desde el interior como un cáncer. Puede infiltrarse en el acto educativo.

No podemos caer en la ingenuidad de pensar que el hombre realiza el bien sistemáticamente. Sabemos cuánto puede inmiscuirse el mal en el corazón del ser humano, pero no podemos nunca dudar de la capacidad innata de todo hombre para volverse a levantar, para reincorporarse; nuestra fe en Cristo hace creíble nuestra fe en el hombre, en su salvación posible. El hombre es capaz de bien más de lo que se piensa, más de lo que él mismo cree. Este es el mensaje de esperanza que Cristo trae a cada educador cristiano. Esta debe ser la convicción de la escuela católica.

El educador cristiano considera a la persona positivamente a partir de su potencial, de sus éxitos. Sin desestimar los fracasos, el niño o el adolescente, para construir su libertad, necesita ser reconocido y ser inscrito en una visión de futuro que no sea amenaza, sino ánimo, riesgo de la experiencia, crecimiento por tanteo y capacidad para volver a levantarse. La educación nos permite discernir si amamos lo suficiente al joven como para asumir la responsabilidad de ayudarlo a evolucionar, sin abandonarlo a él mismo.

### **La libertad como disponibilidad al bien**

---

Existe un acuerdo general sobre cuál es la esencia del espíritu moderno: la idea de igualdad unida a la de libertad. La escuela católica promueve la relación con la autoridad según dos ejes: el ejercicio de una libertad clara y la atracción hacia el bien, manteniendo como finalidad la construcción de la persona del joven.

¿Qué solemos entender por libertad? Se la define como la autonomía de la voluntad. En un contexto pluralista en el que no aparece ya ningún camino marcado, se busca una libertad sin límites; la soberanía del sujeto, absoluta. Nadie tiene más luz que uno mismo. Pero el reino de la emancipación prima sobre su contenido. Ser libre de ... pero ¿para qué? Liberarse de los prejuicios y de las convenciones no tiene sentido más que en vistas a una finalidad que constituye el bien supremo de la persona. La libertad no será jamás un bien en sí mismo, si no es recuperada por el ego. Los jóvenes viven en un clima de gran libertad pero, a la vez, se les exige un rendimiento. ¡Es fácil reivindicar el placer y la libertad! ¡Pero es difícil conseguirlos! Los más vulnerables sufren la ausencia de reglas de contención. Se enfrentan a la sociedad bajo forma de provocación o delincuencia. La libertad no es solamente la posibilidad de elegir. Es también la posibilidad de ser elegido. Al contrario que una plaza ocupada, una plaza libre es una plaza vacante y, por lo tanto, disponible. Ser libre es consentir que exista en mí un vacío en la espera de aquello que debe completarme. El tener ahoga la libertad cuando el hombre se repliega sobre sí mismo. La carencia es libertad.

La libertad y la pobreza consueñan, en la medida en que uno decide mantenerse en una privación voluntaria. En efecto, toda riqueza puede hacernos esclavos de nuestros apetitos, de la misma manera que la escasez hace obsesiva la búsqueda de lo necesario. Estas dos "miserias" son hermanas. La carencia extrema y la riqueza de



avaricia, las dos, alienan. Una, por lo que falta; la otra, por lo que sobra. Es necesario salir de ellas para crecer.

El ejercicio de la libertad suscita también otra pobreza: no podemos más que elegir una cosa cada vez. Una vez efectuada una elección las otras posibles quedan impedidas. Elegir implica una infinidad de exclusiones. El poder que puede aportarme disponer del objeto deseado queda limitado por este objeto mismo. Nunca colmará los motivos que me movían a poseerlo.

El educador descubre en Jesús de Nazaret al hombre libre por excelencia. Él no se esclavizó a ningún sistema. Él no es hombre de una facción o de un partido. No se deja aprisionar en ninguna relación particular, ni siquiera la familiar. Como prueba de ello, cuando Jesús adolescente es hallado en el templo, toma distancia en relación a los suyos: *“Yo debía estar en los asuntos de mi Padre” (Lc 2, 49)*. O también cuando rechaza el deseo que tiene la muchedumbre de hacerle rey y aprovecharse así de su misión mesiánica (*Jn 6, 15*). Sus decisiones no vienen dictadas por nadie. *“Llamó a los que él quiso” (Mc 3, 13)*.

Hoy en día, el ejercicio de la libertad sufre dificultades en nombre de la tolerancia. La masificación de los medios de comunicación engendra un control del pensamiento. La prensa, la radio, la televisión no ahorran esfuerzos para lograr vencer las resistencias psicológicas o éticas de la opinión pública sobre los temas de sociedad, para hacerla (según la expresión habitual) “evolucionar”. Por su parte, el marketing solicita la libertad para condicionarla.

Es suficiente bombardear la opinión pública versátil, un poco apoyándose en las posibilidades de la ciencia, también de los retos antropológicos, y sujeta a conmoverse por las situaciones límites para llegar a sus fines.

En nombre de la tolerancia, todo lo que se opone a la pretensión del hombre de disponer de sí mismo, de su cuerpo, de su muerte, de su sexualidad, es ridiculizado, considerado como “anticuado”, presentado como una negación del progreso, tachado de oscurantismo, incluso de extremismo.

Algunos trabajos pseudo-científicos producidos en condiciones dudosas y algunos sondeos de opinión que pretenden recoger la mentalidad actual, constituyen las armas supremas para lograr que lo inadmisible pase del lado de lo aceptable, después de lo aceptable a lo permitido, y de lo permitido a lo que es preconizado por el conformismo de las modas y la ley del mimetismo. El oscurecimiento de la consciencia moral es tal que las nuevas generaciones ya no perciben las reservas éticas y antropológicas de ciertos comportamientos o modos de vida, por ejemplo del aborto, la homosexualidad, la manipulación genética. En esta incomprensión se concentran las reticencias a reconocerse herederos de las generaciones precedentes. Este narcisismo da a entender que todo es posible.

La escuela católica debe aparecer como una escuela de la libertad. Debe rechazar el pseudo-liberalismo que, excluyendo toda prohibición en nombre del placer erigido

como norma de vida, produce formas contrastadas de alienación. ¡Debe resistir al totalitarismo ideológico y desafiar la línea de opinión sobre aquellos temas de sociedad, en los que la humanidad y la dignidad de la persona están en juego! El proyecto educativo de toda escuela católica debe permitir a cada joven adherirse con toda lucidez a una concepción del hombre que ofrece un proyecto de construcción personal y colectiva. El objeto último de la libertad es la posibilidad de situarse frente a Dios.

Al elegir la escuela católica los padres deben saber que ellos optan por un estilo de educación referido al proyecto cristiano sobre el hombre que debe formar para la libertad. ¡Es responsabilidad de la escuela el no decepcionar frente a esta elección!

NB: La emancipación de toda prohibición provoca graves efectos colaterales. Por ejemplo, la alcoholización inquietante de los jóvenes durante las noches o el uso generalizado de estupefacientes. El consumo de droga es un síntoma de la dependencia de sustancias que los jóvenes buscan para encontrar un bienestar. Las experiencias subjetivas experimentadas a través del consumo de psicoactivos no enriquecen a la persona; bien al contrario, provocan un vacío existencial. Se consiente depender de un producto químico para vivir. ¡La droga, presentada como un suplemento de libertad, se convierte en el opio de la felicidad! Su consumo indica la dificultad para ser uno mismo y para ocuparse del propio espacio interior. Se crea una interioridad artificial y sin continuidad. Se neutraliza la libertad y el desarrollo personal. Estas experiencias van acompañadas de numerosos efectos: transformación de las percepciones, errores en la apreciación del tiempo y del espacio, ralentización de los reflejos y de la atención, dificultades de concentración y de memorización, desmotivación, enfermedades bronquiales, trastornos de la sexualidad. Por tratarse de un anestésico, el cannabis provoca una sensación de paz interior. Conlleva una pérdida de control de sí mismo y de la agresividad y puede alterar los neurotransmisores. De este modo la persona se ve cada vez más determinada en sus reacciones.

## **Capítulo 8**

### **Encontrarse con el sufrimiento, acoger al pobre.**

#### **¿Herida o estigma?**

Educar es enseñar a encontrarse con el sufrimiento, con el fracaso. Dentro de nuestras escuelas ha de ser posible vivir la acogida del sufrimiento. Llevamos mal las situaciones de fracaso, de falta de relación social, de marginalización, que nos remiten a contextos familiares difíciles. El educador conoce bien las heridas del pasado y los traumas que se producen por el aislamiento del joven, conductas patológicas, fracaso escolar. El niño o el adolescente con dificultades ya no se alimenta con lo que le viene del exterior. Amputa una parte de sus potencialidades. Deja de aprender en la escuela, se repliega sobre sí mismo, ya no espera nada de los otros, se margina, navegando entre dos angustias: el abandono y la fusión. Consciente de lo que le falta, el niño, muy pronto, siente el deseo de completarse, de fusionarse con aquello que los psicólogos llaman objetos de apego, los padres. Pero esta ansia se convierte pronto en un temor a la intrusión. ¡Y la fusión, es desaparecer!

...

El acto educativo requiere un amor de especial atención y diligencia en la acogida de los alumnos con necesidades educativas especiales, de los jóvenes afectados por una discapacidad, de aquellos sobre los que pesa la precariedad económica de su familia (en 2010, una de cada ocho familias francesas vive por debajo del umbral mínimo de pobreza), pero también de aquellos miembros del personal que atraviesan situaciones personales o familiares difíciles. El ritmo de las clases, el encerrarse en unos roles, la falta de disponibilidad, no permite acoger los sufrimientos, a veces, no verbalizados.

El lema de la esperanza educativa debería ser: en vez de estigmatizar por lo que falta o falla, apoyarse en lo que hace crecer. Reconocer la fragilidad, renunciando a que el otro se cierre en ella, debe ser el principio de una caridad educativa que se abre siempre a lo posible, sin pedir nada a cambio.

Para todo adolescente, la educación debería ser el lugar en el que, sean cuales sean las heridas de su historia, las violencias o los vagabundeos de su libertad, jamás será identificado por sus actos, puesto que siempre se esperará en él y será reconocido. El niño necesita ser amado antes de justificar este amor, del mismo modo que es esperado antes de ser conocido. La incondicionalidad del amor garantiza el verdadero crecimiento de la persona. La cultura escolar de la excelencia y del rendimiento puede conducir al educador y a los padres a una negación de la esperanza. La fragilidad que nosotros resumimos en la tríada fallo-error-fracaso es constitutiva de cada persona. Se trata de aceptarla. No para resignarse a ella, ni para someterse a ella. Reconocer nuestra vulnerabilidad es rechazar el considerarla como una anomalía o, lo que es peor, una anormalidad. Sin estigmatizar lo que falta o lo que falla, el educador partirá de aquello que permite crecer y “llegar a ser”.

## Capítulo 2

### El coraje del diálogo y la búsqueda de la verdad

#### El imperativo del diálogo

La familia se encuentra a la cabeza de los valores de los franceses en los sondeos y encuestas de opinión. Para el 57% de los jóvenes entre 15 y 20 años, la familia permanece como el único lugar en el que “uno se siente bien y distendido”, y eso a pesar de que el número de rupturas familiares no cesa de aumentar. Evolucionando en un contexto de sociedad conflictual, los jóvenes son las primeras víctimas de estos contenciosos familiares que envenenan la vida, engendran el odio, conllevan rupturas y sufrimientos. La lista de conflictos es tan larga en el seno de la familia misma que ésta es compleja, descompuesta, recompuesta. Las desavenencias, cuando se mantienen, atraviesan incluso las generaciones y cristalizan sobre cuestiones de sucesiones, de celos irrisorios... Detrás de estos ajustes de cuentas afloran peticiones de reconocimiento. Cuanto más se ama, más se espera y más se es sensible a las carencias.

Ciertamente los conflictos son inherentes a la construcción de la personalidad de cada uno. El niño llega a la madurez diferenciándose: se libera de la presión parental diciendo “no”; después, ya adolescente, contesta a los padres para construir su identidad. El buen entendimiento permanente es una ilusión, pues se expone a la decepción, a la dimisión regresiva frente a la diferencia y a la alteridad.

La educación debe permitir superar los conflictos sin buscar el instalarse en ellos, sin mantenerlos hasta considerar al otro como una amenaza. Reconocer a cada uno en su singularidad, aceptar el soportar al otro con sus asperezas, sin tomarlo todo al pie de la letra, aprender a negociar la salida de los conflictos, aceptar esforzarse lo necesario para mantener un clima de confianza y de serenidad... Tantas actitudes que brotan del arte del diálogo y de la “resiliencia”. El adulto debe recordar su propia adolescencia para relativizar los comportamientos extraños y provocadores del adolescente. Un joven no es agresivo porque quiere hacer daño a sus padres sino para desmarcarse de ellos. Tiene necesidad de la solidez de sus padres para poder construirse.

El Observatorio Nacional de la Delincuencia constata en 2010 un aumento sensible de los ataques a personas (sobre todo en los jóvenes de las ciudades). La mayor parte de estas tensiones provienen de tensiones familiares, de humillaciones escolares, de falta de integración sociocultural. Es una violencia ciega. No está organizada, ni, por tanto, tomada en cuenta socialmente. En ciertos casos, los jóvenes la dirigen contra ellos mismos con comportamientos autodestructores (la automutilación o el consumo de drogas). A veces, la dirigen contra su entorno exterior, ante todo aquello que represente a las instituciones. Sin embargo, estas violencias, cometidas en ciertos casos dentro de las escuelas, con frecuencia son el fruto de violencias sufridas en el seno de la célula familiar por rupturas, ausencia de comunicación, injusticias, pero también a causa de la pérdida de autoridad de los padres y del sentido de la disciplina. De ahí la imperiosa necesidad de que la escuela promueva una pedagogía del diálogo y practique una firmeza benevolente.

El acto educativo no puede ahorrarse el diálogo. Este imperativo del diálogo se enraíza en la Revelación divina. Está en el centro del misterio de la Encarnación. En el episodio del reencuentro en el Templo, Jesús enseñaba “escuchando y haciendo preguntas” (Lc 2, 46), señala san Lucas, es decir, en el interior de un diálogo.

Todo el Evangelio está lleno de conversaciones de Cristo con ocasión de diversos encuentros. Él rechaza toda barrera. Se muestra acogedor con todos aquellos que encuentra en su camino, incluidos los marginados de la sociedad, e incluso con aquellos que no pertenecen a su pueblo. Está abierto a los otros de manera incondicional, para que los otros por su parte se comprometan en esta manera a entrar en relación. Vemos igualmente cómo Jesús dirime los conflictos entre las personas superando sin cesar, en el seno mismo de la comunidad que El ha constituido, las pretensiones de unos y las rivalidades de otros. (“¿Quién es el mayor?”).

La Iglesia Católica presenta el diálogo como una exigencia fundamental para los cristianos. “La Iglesia debe entrar en diálogo con el mundo en que vive. La Iglesia se

hace palabra. La Iglesia se hace mensaje. La Iglesia se hace conversación”<sup>4</sup>. El diálogo es inherente a la propuesta de la fe cristiana.

La exigencia del diálogo presupone que hay, según el Vaticano II, “semillas del Verbo” en las culturas y las religiones del mundo. Presupone al mismo tiempo la presencia y la actividad del Espíritu Santo, no solamente en los individuos, sino también en la historia y en los pueblos, las sociedades, las culturas y las religiones del mundo entero. Este tema fue particularmente desarrollado en la Encíclica *Redemptoris missio* de Juan Pablo II (nº 28 c).

La familia y la escuela deben promover por tanto actitudes de respeto y de acogida de las diferencias, no percibidas como amenazas, sino reconocidas como un enriquecimiento recíproco. La escuela católica debe convertirse en un lugar de diálogo recíproco “a fin de aprender a conocerse y a enriquecerse los unos a los otros, obedeciendo todos a la verdad y respetando la libertad de cada uno”<sup>5</sup>. De la misión de la escuela católica destaca igualmente la formación de los jóvenes para el diálogo a fin de hacerlos “aptos para la educación y la cultura, para pensar, hablar y mantener dignamente un diálogo”<sup>6</sup>.

En la educación, no se puede transmitir más que en la medida en que se tiene consideración del “receptor”, convertido en un interlocutor y, por lo tanto, en un *semejante*. ¿Cómo puede comunicar el educador? Identificando lo que los jóvenes esperan y lo que él mismo espera frente a sus respuestas. El educador deberá aceptar el verse quizás sorprendido, incluso desconcertado. La transmisión exigirá siempre nuevos enfoques y nuevas búsquedas para ayudar al joven a salir de su propio universo, para poder acceder a otro mundo que le precede.

Es necesario precisar que el diálogo, contrariamente a lo que con frecuencia se entiende de este término, no significa de suyo “comprensión” o “acuerdo”. En la familia existe una pedagogía del diálogo. Más que convocar al niño o al adolescente a un cara a cara solemne, para llevarlo a cabo, se practicará el diálogo “lado a lado” aprovechando actividades en común (bricolaje, cocina...) o veladas distendidas.

Para que todo encuentro sea verdadero y provechoso, es necesario que los jóvenes tengan el cuidado de conocerse y, por así decir, de civilizarse mutuamente. Esto requiere necesariamente tiempo. Los primeros frutos del aprendizaje de la convivialidad serán la eliminación de las ideas falsas que cada uno lleva en sí mismo y la disminución del miedo. El miedo nace de la ignorancia. Es siempre mal consejero. Engendra la violencia.

Para que haya verdaderamente encuentro, es necesario que cada uno tenga el coraje de decir lo que considera como cierto, pero sin agresividad, desarrollar un espíritu

---

<sup>4</sup> Pablo VI, Carta encíclica *Ecclesiam Suam*, nº 67, 1964.

<sup>5</sup> Consejo pontificio para el diálogo interreligioso y Congregación para la evangelización de los pueblos, *Diálogo y anuncio*, nº 9, 1991.

<sup>6</sup> Pablo VI. Carta encíclica *Ecclesiam Suam*, nº 80, 1964. La escuela católica encontrará la fuente y el modelo de esta educación activa en el diálogo aplicándose a sí misma las características de este diálogo tal y como Pablo VI lo presenta en su encíclica *Ecclesiam Suam*: nn. 67 y 72-85.

crítico, una mirada aguda. Cada uno, en efecto, tiene el deber, y por lo tanto el derecho, de dar razón de sus convicciones, pero respetando las de los demás. Puesto que no existe la caridad sin el respeto. Y el respeto de la alteridad es también una condición de la paz.

El diálogo reclama una justa complementariedad entre la escucha y la palabra. Escuchar de verdad implica una actitud interior de receptividad, de interés y de respeto. Ocurre que a veces asistimos a monólogos sucesivos: nadie escucha verdaderamente al otro, puesto que cada uno está pensando sobre todo en lo que va a decir, mientras espera su turno. La escucha requiere un silencio interior que permite acoger lo que el otro dice.

En cuanto a la palabra, debe tener la impronta de la lealtad, de la franqueza y de la humildad; sólo entonces tiene posibilidades de ser recibida.

El devenir de toda persona depende de su capacidad para expresar –a través del lenguaje o de cualquier otra actividad simbólica– sus experiencias más profundas y compartirlas con sus semejantes. Todo diálogo se enraíza en esta experiencia fundadora de humanidad.

La experiencia nos enseña también que el diálogo nunca está de más y que frecuentemente es contradicho por la violencia. La pedagogía de las cuatro “d” debe hacer pasar de la disputa al debate (confrontación de ideas); del debate a la discusión<sup>7</sup> (que puede permanecer en el orden del disfrute intelectual) y, finalmente, la discusión hasta el diálogo, promotor de paz.

La escuela católica tiene que desempeñar un papel privilegiado en el proceso del diálogo. Para empezar, sensibilizando a los jóvenes a descubrir y redescubrir el sentido del respeto y de la hospitalidad, formándolos en el arte y en la deontología del encuentro, en un contexto de mezcla y mestizaje intercultural e interreligioso. La enseñanza católica está abierta a todos, tanto en cuanto a los profesores como en cuanto a los alumnos. Está llamada por tanto a practicar en su seno un diálogo efectivo, una confrontación tranquila entre las personas. Los alumnos deben llegar a ser “participantes y responsables, como verdaderos protagonistas y sujetos del proceso educativo”. (Juan Pablo II, discurso a la escuela católica del Lazio, 9 de marzo de 1985).

¿Cómo formar al diálogo en el interior del proyecto pedagógico? Para empezar aprendiendo a tomar la palabra, para que ésta sea asumida y razonable. La tutoría o la monitorización entre adultos y jóvenes puede también favorecer la expresión en el intercambio intergeneracional, dando cabida a la palabra de adultos y alumnos en una verdadera comunidad, y aprendiendo a distanciarse de la manera como se ha sabido o no debatir o confrontarse de manera constructiva a otras opiniones. Igualmente, la realización de proyectos colectivos o la definición común de normas de convivencia y

---

<sup>7</sup> Advertimos que en francés, la palabra “*discussion*” significa en este caso “conversación”. Hemos mantenido el término español “discusión” para respetar el juego léxico en relación a la *pedagogía de las cuatro “d”*. (N.d.T)

de reglamentos en el interior de la escuela, constituyen oportunidades para el diálogo. Dar valor a la consideración de los pensamientos divergentes y de la creatividad, suscitar espacios de debates contradictorios... debe iniciar también en el arte del diálogo. A pesar de la amplitud los programas escolares, la escuela católica debe evitar reducir el tiempo dedicado a tratar problemas, a las preguntas, a los debates, a valorar las síntesis.

### **La diaconía de la verdad**

---

El Papa Benedicto XVI ha recordado a los obispos de Francia en Lourdes que todo diálogo tiene como finalidad la búsqueda y la profundización de la verdad. El educador cristiano es deudor de esta verdad con aquellos que tienen derecho a conocerla. Esta verdad no se impone por la fuerza sino por la inteligencia que a cambio ilumina.

La responsabilidad ética de la educación consiste tanto en iniciar al diálogo cuanto en ofrecer el gusto por la verdad, a fin de evitar toda tentación de violencia y de absolutización de sí mismo. La misión de la educación católica es enseñar la verdad, reconocida en la persona de Cristo.

Una de las razones por la que con frecuencia el cristianismo parece no tener interés para muchos de nuestros contemporáneos es, quizás, que la sociedad en la que vivimos no tiene mucho respeto por la verdad. Más bien, vive una crisis de la sospecha. Ahogados por tantas informaciones, no sabemos ya a quién creer ni qué creer. La pretensión de poseer la verdad es asociada a la intolerancia, a la arrogancia o al adoctrinamiento.

Juan Pablo II hablaba de que hoy en día es necesaria una "diaconía de la verdad". "El hombre nunca podría fundar la propia vida sobre la duda, la incertidumbre o la mentira; tal existencia estaría continuamente amenazada por el miedo y la angustia. Se puede definir, pues, al hombre como *aquél que busca la verdad*".<sup>8</sup>

Mientras que en el ambiente reina sobre todo el escepticismo, los educadores cristianos deben ejercer una diaconía de la verdad. Con frecuencia se apela a la intolerancia para justificar que cualquier verdad es válida, es decir, que no existe la verdad absoluta, fuera de las verdades científicas. A veces, la acusación de intolerancia conduce a ocultar toda referencia a la verdad. De modo que se tiende a rechazar la tolerancia que se reclama de los demás, nos deslizamos poco a poco hacia una cierta pasividad, una indiferencia alentada por el individualismo y el relativismo moral.

Paradójicamente, mientras que desde el siglo de las Luces, el cristianismo ha estado bajo sospecha de oscurantismo, una de las mayores contribuciones de la Iglesia de hoy en día podría ser la de creer en la razón para comprender nuestro mundo y el recordar a nuestra sociedad el profundo anhelo de verdad que la habita, acompañarla en la búsqueda de la misma, no solamente teniendo la valentía de proclamar sus convicciones, sino teniendo la humildad de dejarse instruir.

---

<sup>8</sup> Juan Pablo II, Carta *Fides et ratio*, n° 28, 1998.

Sin embargo, esta verdad sobre Dios, sobre la vida, sobre el sentido de la vida, sobre el más allá de la vida que es accesible a la razón, no la conocemos plenamente más que porque Cristo mismo nos la ha revelado. Esta verdad es Él mismo. Esta verdad no se deja encerrar en nuestras categorías mentales o espirituales, ni poseer como una cosa, ni conquistar por nuestro cerebro. Esta verdad debe ser acogida. Nosotros somos en realidad mendigos de la verdad. Este servicio de la verdad reclama a la vez humildad y confianza. Humildad para no tener la pretensión de poseer la verdad, para distanciarse de las propias opiniones y prejuicios; y por otro lado, confianza en aquellos que han recibido el mandato de transmitir lo que ellos a su vez han recibido, confianza en el contenido de lo que enseñan.

En una sociedad fraccionada, sometida al individualismo y al corporativismo, mantener una tensión común hacia la verdad abre la posibilidad de una comunión entre las personas y de un diálogo entre los grupos separados. La búsqueda de una reconciliación y la lucha por la paz, implican la búsqueda de una verdad más alta que nuestras divergencias.

La diaconía de la verdad es una exigencia intrínseca a la institución educativa católica. “La dinámica entre encuentro personal, conocimiento y testimonio cristiano es parte integrante de la *diakonia* de la verdad que la Iglesia ejerce en medio de la humanidad. La revelación de Dios ofrece a cada generación la posibilidad de descubrir la verdad última sobre la propia vida y sobre el fin de la historia. Este deber jamás es fácil: implica a toda la comunidad cristiana y motiva a cada generación de educadores cristianos a garantizar que el poder de la verdad de Dios impregne todas las dimensiones de las instituciones a las que sirven.”<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Benedicto XVI, Encuentro con los representantes del mundo universitario católico, Washington, 17 de abril de 2008.